

cuando Carlota, la mujer de Maximiliano, partía para París á bregar con Napoleón III para hacerlo que no retirase su ejército de México y socorriese con dinero al imperio en plena bancarrota.

Dice Keratry:

"Esta partida, (la de la archiduquesa Carlota) que se consideró como un supremo y último esfuerzo del régimen monárquico, fué la señal de grandes demostraciones de parte de los juaristas. En el ejército de los imperialistas se manifestaban abiertamente síntomas de disolución, y la legión belga, debilitada ya por las deserciones, comenzaba á amotinarse, al mismo tiempo que se incendiaba la frontera del Norte. *El General Donay anunciaba que todo el país estaba invadido por la caballería republicana.* El general Olvera (imperialista) se dejaba quitar un convoy defendido por 250 austriacos y 1,600 mexicanos, de los cuales una parte se pasaba á Escobedo victorioso. El general Mejía iba á sucumbir perdiendo definitivamente el puerto de Matamoros, viéndose obligado á retirarse, casi solo, por mar, dirigiéndose á Veracruz. En el Sur defeccionaban las tropas de Parras: El general Medina traccionaba al imperio insurreccionando la ciudad central de Tula, y las cajas vacías del Estado no podían dar sueldo á las tropas que se desbandaban. Además, el tesoro francés recibía la orden de no dar ya un solo peso á los batallones de *cazadores*, que hasta entonces se había comprometido á pagar el general en jefe.

"Al anuncio de todos estos desastres el Mariscal creyó prudente ir á la frontera del Norte, donde se aglomeraba toda esta tempestad."

Entonces comenzó Bazaine á ordenar la retirada, tanto para seguir el plan de evacuación dispuesto en tres plazos, cuanto para salvar las guarniciones francesas repartidas á grandes distancias, incomunicadas entre sí y envueltas por numerosa caballería mexicana.

"Para facilitar este movimiento retrógrado, el Mariscal, dice Keratry, maniobraba en los caminos del Norte, pronto á auxiliar aquel de los dos gruesos cuerpos de operaciones que se viese amenazado. A la izquierda, la división de Castagny abandonaba poco á poco los vastos desiertos de Sonora, los llanos de Durango y Zacatecas y se posaba en León, que era su nuevo cuartel. A la derecha, el general Donay abandonaba sus posiciones del

"Norte, próximas á la frontera americana y sus tropas, después de haberse concentrado en el Saltillo, venían á plantar sus tiendas bajo los muros de San Luis, *haciendo frente á las tropas de Zepeda, Pedro Martínez y Aureliano Rivera.* La contraguerrilla francesa, que operaba en los alrededores de Matehuala, se preparaba á descender á la tierra caliente del Estado de Veracruz.

"Este vasto movimiento hacia atrás descubría la zona de los Estados excéntricos, tales como Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Sinaloa y Sonora. Además de que así estaba prevenido por las órdenes de Napoleón III, esta concentración hubiera sido prudente desde el principio....."

Pero esta retirada desagradó profundamente á Maximiliano, como se ve por la nota siguiente dirigida á Bazaine:

"Alcázar de Chapultepec, Agosto 4 de 1866.

"Mi querido Mariscal:

"La toma de la ciudad de Tampico por los disidentes y la evacuación de Monterrey, me hacen saber que los resultados de la campaña del Norte tendrán para mi país las más graves consecuencias.

"Deseo, pues, estar instruido del plan que os proponeis seguir en vuestras operaciones, á fin de que intente salvar, si es posible, á los que se han adherido al imperio y á los desgraciados funcionarios que se han sacrificado por nuestra causa.

"MAXIMILIANO."

A una carta tan dura é irritante como la anterior, contestó Bazaine con una nota seca y muy extensa, que no puedo insertar íntegra, aunque es de gran interés, porque revela cuán poderosa estaba ya la causa republicana, á pesar de que era casi nulo el apoyo que le prestaban los Estados Unidos; pero tomaré de esa nota los párrafos que demuestran cuáles fueron los verdaderos motivos de la retirada del ejército francés.

"Peotillos, Agosto 12 de 1866.

"Señor:

"En este momento recibo la carta de V. M. con fecha 4 del corriente. Asociado el hecho de la toma de Tampico por los disidentes con la evacuación de Monterrey por orden mía, V. M. parece querer imputarme la responsabilidad de ambos hechos. Creo haber expuesto suficientemente á V. M. por mis dos cartas, números 7 y 16, fechadas el 11 y el 27 de Julio, la situación de Nuevo León y Coahuila, para que se reconozca la necesidad

“de la evacuación de Monterrey, no sólo bajo el punto de vista político, sino sobre todo, bajo el militar, después de la destrucción de las tropas del general Mejía, de la capitulación de Matamoros y con las condiciones morales en que se encontraba la legión belga.”

A renglón seguido Bazaine dice que nada tuvo que ver con la capitulación de Matamoros, que la toma de Tampico se debió á no haberse seguido su indicación de que se enviara á ese puerto á Olvera con tropas y á no haber querido el general de Thum prestar la cooperación que se le pedía.

Y continúa diciendo Bazaine:

“Si V. M. se hubiese dignado recibirme la víspera de mi salida de México, cuando solicité el honor de despedirme de V. M., yo le habría expuesto mis proyectos, que consistían simplemente en reconocer por mis propios ojos el efecto producido en el Norte del imperio por los acontecimientos de Matamoros, y asegurarme de la exactitud de las relaciones que se me enviaban sobre la poca confianza que debía tenerse en los principales funcionarios, y sobre el espíritu generalmente hostil de las poblaciones de estos lugares.

“Después de haberme cerciorado de la verdad de estos datos y apoyándome en las relaciones de los Generales Douay y Jeanningros, fué cuando reconocí la imposibilidad, por el momento, de conservar los puestos avanzados, que podían ser la fuente de peligros y gastos continuos. Tomé, dando cuenta de ello á S. M., el partido que persisto en creer prudente, de ordenar la evacuación de Monterrey y el Saltillo, á fin de establecer atrás una línea fuerte, fácil de conservar, y separada de la primera por un verdadero desierto adonde tanto aliados como enemigos no podían contar con recurso alguno. Mi opinión era, y es aún, que es preferible desarrollar su influencia en el interior, concentrando los medios de acción en una zona determinada que gastarse en las extremidades sometidas á la influencia de la frontera.”

En vista de documento tan concluyente, y reasumiendo cuanto se ha dicho antes, puede afirmarse lo siguiente:

La retirada de Castagny de Sinaloa á Durango no tuvo por origen el peligro de una invasión de fuerzas sudistas, sino la necesidad de defender el segundo de aquellos Estados que amenazaban los liberales.

El verdadero movimiento de concentración tuvo lugar en 1866, y lo acordó Bazaine por la imposibilidad que había para el ejército francés de conservar sus guarniciones en puntos tan remotos, rodeados, bloqueados puede decirse, por numerosas fuerzas republicanas valientes, disciplinadas, bien ar-

madadas y que habían batido varias veces á las columnas francesas y austriacas.

Hago gracia á mis lectores de las innumerables citas en que abunda este capítulo del libro del Sr. Bulnes, tomadas en su mayor parte del diluvio de notas que en aquellos días el infatigable Sr. Romero dirigía al Ministro de Relaciones del Sr. Juárez.

Cuanto se dice en esos documentos es perfectamente conocido, y lo ha consignado ya el Sr. Bulnes en otros lugares de su libro, repitiendo siempre las mismas falsedades, que el Sr. Juárez solicitó la venida á México de jefes, oficiales y soldados norte-americanos.

Toda esa paja puede hacerse á un lado sin detrimento de la verdad histórica; y la verdad es que los Estados Unidos cooperaron eficazmente al triunfo de la República, apresurando la salida de los franceses de México.

A fines de 1866 la permanencia en el país del ejército francés era imposible.

Para terminar con este asunto, presentando los hechos tales como acontecieron, reproduciré lo que dice Keratry, el órgano autorizado de Bazaine, refiriéndose á la salida de México de las tropas francesas:

“Cuando los yankees triunfaban de los separatistas, estaban resueltos á hacer pagar muy caro á nuestro país (Francia) y á Maximiliano una intervención imprudente en la república vecina. Era necesario confesar que hora estaba bien escogida por el tenaz Subsecretario de Estado M. Seward. La opinión pública en Francia, extraviada un momento por las pomposas declaraciones de nuestros Ministros, encargados de arrastrar á los crédulos subscriptores hacia los dos empréstitos mexicanos, se había ilustrado poco á poco sobre la verdadera situación política y militar del nuevo imperio. Si cada correo Transatlántico llevaba á Saint-Nazaire la noticia de los triunfos alcanzados por nuestras tropas, también se sabía, por medio de las correspondencias privadas, que los juaristas, favorecidos por la complicidad de los Estados Unidos y por la proximidad de complicaciones amenazadoras en Europa, no se dejaban abatir por las derrotas que les daban nuestros soldados, y reconquistaban sin trabajo las porciones del territorio confiadas sólo á la defensa de las fuerzas imperialistas.

“Por otra parte, nuestro gobierno, inquieto ya con las eventualidades del conflicto alemán, sentía estar privado del concurso de 30,000 hombres ague-

"ruidos, y empeñados más allá de los mares; pero suponemos con fundamento que no era su intención mantener en México ese cuerpo de ejército por un tiempo indeterminado. Además se veía molesto en el interior por las manifestaciones de la tribuna y de la prensa que pedían se pusiese un término á esa empresa estéril."

La retirada del ejército francés tuvo, como se ve, varias causas; la imposibilidad en que se encontraba Francia de seguir ministrando millones y millones y más soldados al imperio de Maximiliano en plena bancarrota, rechazado por todo el país y batido por los republicanos; la vigorosa oposición en el Cuerpo Legislativo y la prensa contra aquella empresa inmoral, insensata é infecunda; la intimación de los Estados Unidos que exigían de Napoleón la retirada del ejército francés; y, por último, el peligro en que se sintió Francia después de la derrota de Austria por la Prusia en la batalla de Koeniggratz.

Queda, pues, desvanecida la fantasmagoría histórica del Sr. Bulnes, en la que se presentan deformados todos estos sucesos.

El Sr. Bulnes dice que "la terrible actitud de los Estados Unidos obligaba al Mariscal Bazaine á mantener concentradas sus tropas, como lo exigía la ciencia militar, con lo cual desocupaba grandes regiones de las que tenían que apoderarse los republicanos, luchando sólo contra los mexicanos imperialistas."

He demostrado que nada de esto es exacto.

La actitud de los Estados Unidos contra Napoleón era dura, acre, pero ni había pasado, ni podía pasar del terreno de la diplomacia.

Por lo mismo, Bazaine no se formidaba con las notas de Seward que no importaban más que una mengua para Napoleón, que cedió ante ellas y no un peligro para el ejército francés.

Bazaine sabía que obedeciendo á la intimación norteamericana Napoleón había resuelto sacar de México al ejército francés; así lo había comunicado el Ministro de la Guerra al Mariscal, ordenándole la retirada.

Por tanto, Bazaine no temía una guerra entre Francia y los Estados Unidos, ni un choque de sus tropas con las americanas que se hallaban á centenares de leguas de distancia.

Mejía era el que estaba más próximo á la frontera, y por eso se le recomendó que evitara una colisión con fuerzas americanas; arrojado Mejía de Matamoros después de haber quedado destruida su división, nada había que temer.

Agrega Bulnes con su habitual pertinacia:

"Los Estados Unidos no habían invadido el país, pero habían hecho á los republicanos el gran servicio de neutralizar el grueso del ejército francés, que no se ocupaba ya de perseguirlos, sino de esperar la lucha con las expediciones de voluntarios que trataban de organizar Don Matías Romero y el General Carvajal."

Pocas veces se cuentan tantos disparates en tan pocos renglones.

Si los Estados Unidos no habían invadido á México, tampoco obligaban á Bazaine á concentrar sus tropas.

Y Bazaine tampoco podía temer la invasión de voluntarios cuando sabía que los de Smith y Magruder y los de Slaughter se habían sometido y entregado sus armas.

Pero el Sr. Bulnes en esto, como en todo su libro, no pretende más que denigrar á los republicanos, suponiéndolos cobardes é incapaces de luchar con los franceses; por eso no quiere confesar que invadida toda la región del Norte por las caballerías republicanas, según comunicaba Douay á Bazaine, batidas y destrozadas algunas guarniciones y columnas francesas, como la de Briand, que murió en el combate, y cuya derrota disculparon los franceses, diciendo que Briand iba ébrio al atacar á los republicanos; derrotado Olvera, capitulado Mejía y ocupado Tampico por Pavón, Bazaine comprendió el peligro que corrían sus tropas, y las concentró abandonando Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

Todo eso lo sabe ó lo debe saber el Sr. Bulnes, que sin duda conoce los documentos con que yo lo he demostrado insertándolos aquí; pero lo omite, para no reconocer las glorias que alcanzó el ejército republicano del Norte.

Prescindo de ocuparme de los tres capítulos siguientes del libro de Bulnes, en los que este señor pone como aliados del Sr. Juárez la *corrupción intervencionista, el desprecio*

francés por el soldado mexicano y el desprecio y la furia francesa, cuya concordancia del calificativo femenino recomendando al escrupuloso profesor de gramática Sr. Don Rafael Angel de la Peña.

En esos capítulos hay páginas que indignan, que dan asco, porque Bulnes se complace consignando en ellas, sin la menor rectificación, los insultos que prodiga á los mexicanos el miserable Loizillon.

Yo ni recojo ni contesto esos insultos; otros historiadores franceses de alguna ilustración confiesan el valor de los soldados republicanos, que niega el soldado vulgar Loizillon, tan fanfarrón como cobarde.

Y para que el Sr. Bulnes escoja otra vez mejor la fuente de sus informaciones, voy á contarle un hecho de la vida militar del gascón Loizillon, no como lo cuenta el español clerical é imperialista Zamacois, sino como lo refieren los testigos presenciales del suceso.

El 13 de Marzo de 1865 el General Pueblita, con ochocientos hombres, atacó la plaza de Quiroga, (Michoacán), guarnecida por trescientos franceses y algunos traidores, al mando de Béguerisse.

El combate duró todo el día, y durante la noche huyó la guarnición desocupando á Quiroga.

Entre esos *valientes franceses* iba el *valiente capitán Loizillon*.

Ocupó Pueblita la plaza durante dos días, saliendo de ella al saber que venía el General Neigre con una fuerza muy numerosa en auxilio de Béguerisse.

Recobrado Quiroga por los franceses, el General Neigre impuso á los habitantes una multa de cuatro mil pesos, por no haber ayudado, en la defensa, á Béguerisse. Y éste no conforme con que sólo esa pena se impusiera á la población, desterró á todas las familias de los individuos que militaban en las filas republicanas.

Se dió además la orden de que se aprehendiera á un vecino de Quiroga, llamado Don Martín Mercado, á quien se creía ser agente de los republicanos, y que se recogieran los documentos que se encontraran en su poder.

El oficial *francés* encargado de ejecutar esa orden, fué el *historiador* favorito de Bulnes, el indigno *Loizillon*.

Este *bravo* aprehendió á Mercado, cateó la casa de éste y encontró que allí vivía la esposa de un guerrillero liberal, Ronda.

Entonces el historiador Loizillon forzó las cerraduras de los baúles de la mujer de Ronda; no encontró allí documentos, pero sí *diez onzas de oro*, que honradamente retuvo en su poder.

Cuenta el otro historiador, Zamacois, que el jefe político de Morelia, Don Antonio del Moral ordenó al oficial francés que devolviera las diez onzas que había extraído de los baúles, y que no eran documentos, ni armas, ni pertrechos de guerra.

Pero no dice Zamacois si la esposa de Ronda recobró ó no su dinero.

Esos dos indignos capítulos de la obra de Bulnes, intitulados "*El desprecio francés por el soldado mexicano*," en el que Bulnes no rectifica los insultos que á los mexicanos dirige Loizillon, el héroe disperso de Quiroga, se contestan victoriosamente narrando las verdaderas derrotas que sufrieron los franceses y la cobardía que mostraban éstos al ser hechos prisioneros.

Pero sería preciso hacer un tomo de historia, rectificando los partes militares dados por los franceses que forjaban victorias y ocultaban sus pérdidas.

Me limito, pues, á consignar uno de los episodios más hermosos de la segunda guerra de independencia.

"Era el 20 de Febrero de 1865.

"Los soldados de la columna que mandaba el valiente General Carlos Salazar habían llegado á Los Reyes, después de una larga y fatigosa expedición por el Sur de Jalisco. Aquel Jefe envió la brigada de caballería á proveerse de recursos en algunas poblaciones cercanas, quedándose con ochenta jinetes al mando del teniente coronel Espiridión Trejo y treinta de la partida de Agustín García.

"La infantería estaba compuesta de los batallones *Guías del Ejército*, á las órdenes del teniente coronel José Vicente Villada; del 1.º de Toluca, que mandaba el coronel José M. Hernández; de *Tiradores de Codallos*, su coronel Hipólito Ortíz, y de *Rifleros de Zaragoza*, mandado por el teniente coronel José Dolores Vargas. Estos cuerpos no llegaban en conjunto á ser

“cientos hombres. Tenía esta brigada una pieza de montaña, servida por seis artilleros á las órdenes del teniente Ignacio Pineda.

“En la mañana ordenó Salazar que se aseara la tropa. Los cuerpos se dirigieron al río, y dejando sus fusiles en pabellón, se entregaron al lavado y á bañarse. Se tomó esta determinación porque los exploradores aseguran que el enemigo se hallaba en Zamora, Paracho, Uruápan y Taretán; la menor distancia no bajaba de catorce leguas.

“El General, sin fiarse en los informes recibidos, colocó un vigía en la torre y él mismo salió á vigilar los puntos por donde pudiera presentarse una fuerza contraria.

“Serían las dos de la tarde cuando se oyó sonar la campana mayor de la parroquia. El General subió á la torre y observó que una tropa descendía de la Sierra. Salazar bajó, y él mismo tomó un clarín y tocó generala; un segundo toque hizo comprender á nuestros soldados que no había tiempo que perder.

“Pronto comenzaron á oírse disparos; era que los exploradores se teaban con el enemigo en la orilla de San Gabriel, barrio de Los Reyes. En aquel momento comenzaban á llegar del río los infantes de Salazar, que los colocaba en situación de presentar batalla.

“Terrible era el aspecto de aquellos hombres. El toque de generala los había sorprendido en el baño; la llamada fué tan apremiante que no tuvieron tiempo de vestirse; y la mayor parte de ellos, desnudos, con el fusil á discreción y atándose las cartucheras, parecían demonios brotados del infierno.

“El enemigo, á su vez, se presentaba por la calle principal, [la del Olmo]. Su primera columna, compuesta de dos compañías de zuavos del 3er. regimiento [trescientos hombres] avanzaba á paso de carga.

“Salazar ordenó al teniente coronel Antonio Domínguez que con el batallón de Toluca, saliera al encuentro del enemigo. Domínguez, luego que se avistó con la columna contraria, exclamó, lleno de terror: “¡Muchachos, son franceses; media vuelta!” Y uniendo el ejemplo á la palabra, huyó cobardemente. Entonces el coronel Méndez Olivares, mayor general de la división, acompañado del teniente coronel Narciso Garcilazo, Comisario de Guerra y del capitán de Estado Mayor Francisco Ramírez, salieron al encuentro de los fugitivos, lograron contenerlos y poniéndose á la cabeza del cuerpo, volvieron á la carga

“Entretanto, los franceses desembocaban en la plaza. Venían orgullosos y seguros del triunfo, batiendo sus tambores el toque de carga. Al mirar á los chinacos, á aquella turba de hombres desnudos, de tez bronceada y de ojos centelleantes por el valor y el patriotismo, los soldados extranjeros se quedaron atónitos.

“Rompen, sin embargo, el fuego y se precipitan en columnas cerradas. Entonces, en medio del fragor de los disparos, se alza la voz de trueno de Salazar que manda al oficial de artillería:

“—¡Fuego, Señor!
“El cañón escupe metralla, abriendo ancha calle en las filas de los zuavos.

“Se cierra de nuevo la columna, y otra vez se oye la voz de Salazar:

“—¡Fuego, Señor!

“Entonces los franceses, sin ocuparse de cerrar sus filas, se lanzan sobre los chinacos, haciendo un fuego nutrido en pelotones. Ignacio Pineda, con tres artilleros que le quedaban, volvió á cargar la pieza. Los zuavos estaban encima despidiendo una lluvia de balas. Salazar gritó:

“—¡Fuego, fuego, Señor!

“El cañón permaneció mudo. Salazar repitió la orden. Igual silencio. Entonces el General se acercó á la pieza; á sus pies yacían muertos los seis artilleros y herido el teniente Pineda. A diez pasos de distancia estaban ya los zuavos.

“Salazar, en sublime arranque, gritó:

“—¡Fuego, Señor!

“Y apoderándose del estopín, él mismo descargó la pieza que vomitó un torrente de metralla, al propio tiempo en que Villada, Jesús Ocampo y Vargas, entraban á la plaza y se empeñaban también en el combate al frente de sus tropas.

“De la reserva que mandaba Hipólito Ortíz se habían desprendido algunos hombres que desde la torre hacían disparos certeros sobre el enemigo.

“Abajo, el fuego de fusilería era compacto, incesante, se oía como el rumor sordo de la tempestad. Los quinientos traidores que formaban parte de la columna enemiga, habían llegado por las calles laterales á participar de las postrimerías del combate y de la derrota. Aquella lucha se dilató por más de una hora, en que la sangre corrió como agua. Yo no sé cómo no quedaron muertos todos los combatientes.

“Por la salida de Los Reyes, rumbo á Paracho, se veían los pelotones de zuavos y traidores que huían á la desbandada. En su alcance iban Espiridión Trejo y Agustín García; se veían flotar las banderolas de sus lanzas.

“En el primer momento de la victoria, Salazar, al ver que el teniente Pineda recobraba el sentido, le dió la mano para que se incorporara, y con voz emocionada le dijo:

“—¡Levántese vd., Señor Capitán, para que vea correr á los primeros soldados del mundo!”

(La Intervención Francesa en Michoacán, por el Lic. Eduardo Ruiz).

El historiador Loizillon, el que corrió en Quiroga, no menciona en su libro ni su carrera en Quiroga, ni la dispersión en Los Reyes de los primeros soldados del mundo.